

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 20.

Alicante 8 de Abril de 1871.

Año II.

## LA RESURRECCION.

Pasó ya la noche tenebrosa del pecado; cesaron las tinieblas de la vida; huyó la rigorosa estacion de los trabajos y los suspiros. La aurora del nuevo sol colorea la tierra; su brillante luz la inunda de nuevos resplandores, y la florida primavera la cubre con sus flores, sus aves y su armonía.

Llénense, pues, de gozo las angélicas legiones celestiales: celébrense con júbilo los divinos misterios y resuenen armonías saludables por la victoria de tan gran Rey. Alégrese la tierra iluminada con tan grandes resplandores, y alumbrada con los rayos del Rey eterno, conozca que se han disipado las tinieblas del orbe entero. Estas son las fiestas de Pascua en que es sacrificado aquel verdadero Cordero, con cuya sangre se consagran las puertas de los fieles. Esta es la noche en que Jesucristo, rotas las cadenas de la muerte, subió triunfante de los abismos. ¡Oh noche verdaderamente dichosa, que mereció saber ella sola el tiempo y la hora en que Cristo resucitó de entre los muertos!

« Estaba el Santo Cuerpo en el sepulcro, dice nuestro elocuente Granada, con aquella dolorosa figura que el Señor lo habia dejado, tendido en aquella losa, frio, amortajado con su mortaja, cubierto el rostro con un sudario, y sus miembros todos despedazados. Era ya despues de media noche, á la hora del alba, cuando queria prevenir el Sol de justicia al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entra aquella ánima tan gloriosa en su Santo Cuerpo, y qué tal, (si piensas) lo paró?... Acaece algunas veces estar una nube muy oscura y tenebrosa hácia la parte del poniente, y si cuando el sol se quiere ya poner, la toma delante y la hiere y embiste con sus rayos, suele pararla tan hermosa, tan arrebolada y tan dorada, que parece al mismo sol: pues así aquella ánima gloriosa, despues que embistió en aquel Santo Cuerpo y entró en él, todas sus tinieblas convirtió en luz, y todas sus fealdades en hermosura, y del cuerpo mas afeado de los cuerpos, hizo el mas hermoso de todos ellos. De esta manera resucita el Señor del sepulcro, todo ya perfec-

tamente glorioso, como primogénito de los muertos y figura de nuestra resurrección.»

Por esta razón, dice S. Gregorio Nacianceno, que la fiesta de Pascua está sobre las demás fiestas del Señor, cuando estas están sobre las fiestas de los Santos; y el papa San Leon añade, que, entre todos los días que se honran con un culto particular en la Religión cristiana no hay otro más augusto ni más excelente que el de la fiesta de Pascua, de la cual todas las otras solemnidades de la Iglesia reciben su dignidad, y por decirlo así, su consagración.

La Iglesia, á su vez, llama á este el día del Señor, por antonomasia; *Dominica*, de cuya voz se deriva Domingo. Y así como figura las penas de esta vida breve, en los cuarenta días de ayuno que preceden á las fiestas de Pascua, y como recuerdo también de los cuarenta años que anduvo el pueblo de Dios por el desierto, hasta llegar á la tierra de promisión; del mismo modo ha querido significar la eternidad de las fiestas de la patria celestial, haciendo de todos los Domingos del año como la octava continua de la festividad de la Pascua.

Si tan grande aparece la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo como el complemento de la humana redención, no es menor en importancia si se considera como la gran cúpula que abarca y cierra el edificio de nuestra fé. La voz imponente de las profecías, la Encarnación del

Hijo de Dios, sus milagros, su doctrina, reciben la sanción de este hecho prodigioso. Jesús muerto en la Cruz por nuestros pecados, pudo ser solamente un hombre, un grande hombre; pero Jesús resucitado, Jesús saliendo del sepulcro con vida sobrenatural y gloriosa, no puede ser más que Dios. Y siendo verdaderamente Dios, divinas son las profecías que le anunciaron, divinas las obras que practicó, divina su doctrina, divina, en fin, su Iglesia.

Esta era la convicción del Apóstol de las gentes, cuando escribiendo á los Corintios, treinta años después de este suceso, decía: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fé. Si nosotros solo tenemos esperanza en Cristo, mientras dura nuestra vida, y si no ha venido á ser, como las primicias de los difuntos, somos los más desdichados de los hombres. (1)

Por eso la incredulidad de todos los tiempos, desde la de los judíos de dura cerviz hasta la de los modernos racionalistas, ha golpeado con empeño la roca inamovible de nuestra fé, estrellándose á sus pies, como la menuda arena, la flaqueza de sus argumentos. La Resurrección del Salvador es el hecho más históricamente probado y más moralmente demostrado que hay en el mundo: dos fundamentos de credibilidad, observa Augusto Nicolás, de que no se puede prescindir, sino se quiere incurrir en algo más pasmoso, si así puede decirse, que la Re-

(1) Primera á los Corinth. XV. 17, 19, 20.

surrección de Jesucristo en el sepulcro; sino se quiere prescindir de la historia y de la razón.

Temerosos los judíos de que los discípulos de Jesús robasen su cuerpo é hicieran creer en la resurrección, que tantas veces les habia anunciado, y advirtiendo en su malicia que *aquel engaño seria peor que el primero*, toman todas las precauciones imaginables para impedirlo. Ponen el sello judicial en la pesada losa que cubre la entrada del sepulcro: una guardia numerosa lo custodia.... y, apesar del sello, y apesar de la piedra, y apesar de los custodios, el sello se rompe, la piedra es removida con su enorme peso, los soldados caen aterrizados. Vueltos en sí de su estupor, ellos son los primeros testigos del prodigioso suceso; y los Pontífices hebreos que vieron asombrados como se volvian en contra suya las mismas precauciones que tomaron en su defensa, decíd á las gentes, ordenan á los soldados, que estando vosotros durmiendo (¡los centinelas!) llegaron los discípulos y se llevaron el cuerpo de su maestro.

»Verdaderamente se perdieron con tanto discurrir. ¿Qué es lo que has hecho, miserable astucia? esclama S. Agustin. ¿Citas testigos que estaban durmiendo? Tu si que dormías cuando con tanto discurrir te engañaste torpemente.»

Despues de esto, no dice la historia que se hiciesen pesquisas para hallar el cadáver, ni que se castigase á los soldados por su descuido,

ni que se prendiera á los presuntos criminales: lejos de esto, aquellos fueron recompensados, y estos predicaron públicamente la resurrección del Dios Crucificado.

Pero... ¿murió realmente Jesús en la cruz? y si murió, ¿no seria el amor vehemente de Magdalena el que dió al mundo un Dios resucitado?

En estos términos se esplica un crítico modernísimo que se ha hecho tristemente célebre en nuestros tiempos, abusando de la ignorancia de sus lectores, y desenterrando y renovando en parte á Celso, en opinion del jefe de la escuela racionalista de Tubinga, el doctor Keim.

Teje este desdichado autor una *historia* á su capricho, y con ella cree salir airoso de su empeño. Si la historia que nos refiere fuese cierta, ciertas serian tambien las consecuencias que de ella se deducen; pero afortunadamente las cosas pasaron muy de otra manera, y por consiguiente las consecuencias fueron de todo punto diferentes.

Despues de haber hecho, digámoslo así, la autopsia del cadáver de nuestro Redentor, ese escritor que no queremos nombrar, asegura formalmente que su muerte fue producida por la *ruptura instantánea de un vaso del corazon*, y entona ante el cadáver su oracion fúnebre; pero preocupado como los judíos, con la eventualidad de una resurrección, empieza á poner en duda esa misma muerte que acaba de

consignar tan terminantemente. Al través de esta perplejidad en cuyo pró trastorna y maneja los sagrados testos, nos presenta á la Magdalena creyendo ver en su alucinacion al divino Maestro en el jardinero que custodiaba el huerto, y á los apóstoles y discípulos prontos á dar crédito á los sueños de su vision.

La historia desmiente una á una todas estas afirmaciones. Empezando por María Magdalena y concluyendo con Santo Tomás, lo que mas resalta en la conducta de todos ellos es la *incredulidad* en el hecho de la resurreccion. María, la primera que se acerca al Sepulcro para embalsamar el cuerpo del Salvador, léjos de su imaginacion el pensamiento de que hubiese resucitado, no lo encuentra, y corre á decir á San Pedro: *Han llevado al Señor del sepulcro, y no sé donde le han puesto.* Con este aviso parten el Príncipe de los apóstoles y el discípulo amado al lugar de la escena, y adelantándose este, como mas jóven, miró, vió puestos en tierra los lienzos, pero no entró. Llega despues su compañero, y vé el sudario que habia estado sobre la cabeza de Jesús separado de los lienzos y doblado en otro lugar. Se decide entonces á entrar Juan, y creyó la relacion de Magdalena, esto es, que se habian llevado el cuerpo del Salvador; porque, como dice el mismo, *aun no entendian la Escritura, segun la cual convenia que Jesús resucitase de entre los muertos.*

Aparécese el Señor por primera vez á Magdalena, y tomándole ella por el hortelano, exclama: *Si tu le has quitado, dime donde le has puesto, y yo le llevaré.* Le reconoce, y entonces no corre, sino que, retardada por su amor y su vacilacion, vá á anunciar á los apóstoles el portentoso hecho. Tambien fueron las santas mujeres, á quienes apareció por vez segunda, y ellos *tuvieron esto por un delirio, y no las creyeron.* (1)

No fueron menos *tardos de corazon* para creer los discípulos de Emaús en la tercera aparicion del Salvador; pero aun les superaba la incredulidad de los apóstoles, que despues de saber todas estas apariciones, y la particular de S. Pedro, *todavía no podian creerla*, como afirman S. Marcos y S. Lucas.

Tres veces mas se presenta Jesús en medio de los Apóstoles: en la primera, *imaginaban ver algun espíritu*, y despues de haberles dado pruebas palpables de su existencia, *aun no lo creian*, hasta que comió, les dió las sobras, y *les abrió el sentido* para que entendiesen las Escrituras. En la segunda se vió toda la incredulidad apostólica personificada en Santo Tomás; y en la tercera, acaecida á orillas del mar de Tiberiades, todavía se vé precisado el Divino Maestro á dar pruebas sensibles de su existencia.

Finalmente, en la última y pú-

(1) S. Marc. XXVI, 11.—S. Luc. XXIV, 11.—S. Mat. XXVIII, 9, 10.

blica aparicion verificada en el mismo lugar de su ascension gloriosa, todavia *hubo algunos que dudaron*; y allí tambien reprendió Jesús á sus discípulos la incredulidad y la dureza de su corazon.

¿Se puede decir en vista de esto, que anduvieran los apóstoles y los discípulos lijeros en creer y persuadir á los demás de sus visiones?

La proverbial incredulidad apostólica es la que convenia á testigos históricos; y esa incredulidad es la garantía mas poderosa de nuestra fé.

Pero hé aquí que á poco de estos acontecimientos, aquellos mismos hombres tan cobardes se presentan primero en Jerusalem, despues hasta los últimos confines de la tierra, anunciando públicamente que «Dios ha resucitado á este Jesús á quien os hemos anunciado, como dice Pedro en su primer sermon, *de lo cual somos todos nosotros testigos*.

«¿Cómo se han hecho tan valientes estos hombres tan cobardes?» se pregunta Condillac, autor del *arte de pensar*, y contesta: «Porque han sido convencidos; y lo están, porque han visto.» Si los libros evangélicos fuesen legendarios, como suponen algunos incrédulos, los apóstoles no obrarian en consonancia con hechos que hubiesen sido posteriormente inventados. La crítica mas severa admite como perfectamente auténtica la primer carta de San Pablo á los Corintios; pues bien, en su primer artículo escribe: «Cristo resucitado fué *visto* por Cephass ó Pedro

y despues por los demás apóstoles; posteriormente fué *visto* por mas de quinientos hombres en una sola vez, de los cuales viven la mayor parte todavia, aunque han muerto algunos; se *apareció* tambien á Santiago y despues á los apóstoles todos; finalmente, despues de todos, se me apareció tambien á mí, que vengo á ser como un abortivo; porque yo soy el menor de los apóstoles, que ni merezco ser llamado Apostol, porque perseguí á la Iglesia de Dios.»

Dominado Straus, el gran racionalista, por la fuerza de la verdad, no puede menos de confesar que «tienen razon los apologistas en insistir sobre el punto de que *no podia esplicarse* la inmensa revolucion que se verificó en el espíritu de los apóstoles, desde el desaliento mas profundo y la pérdida de toda esperanza, al morir Jesús, hasta la fe y el entusiasmo con que lo anunciaron como Mesías en la siguiente Pentecostés, si no hubiera ocurrido en este intermedio algun acontecimiento lleno de extraordinario consuelo, y especialmente, un acontecimiento que les hubiera convencido de la resurreccion de Jesús crucificado.» Esto no tiene réplica.

Sí, sí, *Surrexit Dominus vere*: verdaderamente resucitó el Señor; así lo canta hoy la Iglesia; y esa resurreccion es prenda segura de la nuestra. El grano sepultado en la tierra, que hoy renace con lozanía; el árbol seco, que hoy reverdece; la oculta semilla que hoy brota rica

en flores y en perfumes, todo nos dice, todo nos canta con mudo y elocuente lenguaje que vive nuestro Redentor, y que resucitaremos de la tierra en el último día para ver á su Dios y nuestro Dios, á su Padre y á nuestro Padre en esta misma carne; para entonar eternamente en la pátria comun aquel arrebatador *Alleluja* que oyó en extática vision el águila solitaria de Pathmos.

M.

## ODA.

### A la Resurreccion de Jesucristo.

Yacia envuelto en polvo y sangre yerta  
Bajo la losa fria

El Santo de Israel, el pecho herido,  
La temblorosa faz de horror cubierta;  
Triste el mundo gemia  
En densa niebla y en temor sumido:  
En medio la alta cumbre  
Doliente el sol oscureció su lumbre.

La despiadada muerte poderosa,  
Blandiendo su guadaña,  
Con la divina sangre ya teñida,  
En torno del sepulcro silenciosa  
Gira con fiera saña,

Y el humanal linage, envanecida,  
Con ponderoso hierro  
En pena arrastra del antiguo yerro.

Mas Jehová de esplendores inmortales  
En densa luz velado,  
Del alto empíreo en el supremo asiento,  
Do sustenta del orbe los quiciales,  
Y el curso arrebatado  
Fija á los astros su imperioso acento;  
Habló con voz tonante,  
Que sonó de la aurora al mar de atlante.

»¿Y vencerá Luzbel? ¿El pueblo insano  
(Dice) del inocente  
El nombre ha de borrar? ¿El almo nombre  
Que el firmamento adora? No; que en vano  
Contra el brazo potente  
Osó el abismo. Triunfará, y el hombre  
De antigua tiranía

Será de hoy libre: la victoria es mia.»

No encendido tan súbito en la altura  
Globo de luz brillante,  
Por el aire en la noche se desprende,  
Cual del padre Abraham la mansion pura  
El anima triunfante  
Rápida deja y el sepulcro hiende.  
Siguela el coro santo  
Que anheló su venida en largo llanto.

La oscura tumba en célicos fulgores  
Se inflama: nueva vida  
El pecho sangrentado hinche glorioso,  
Y el rostro baña en cándidos albores.  
Se alzó, y en voz subida

*Venci* dice: y con eco armonioso  
Tierra y mar resonaron,  
Y del orbe los polos retemblaron.

»*Venci*. Del cielo las eternas puertas  
Con planta venturosa  
El humano entrará. Satan impío  
Logró en vano con artes encubiertas  
La estirpe numerosa  
Del hombre esclavizar: ya el reino umbrío  
Cayó: mi fuerte mano  
Rompió los hierros del audaz tirano.»

»Salud, mortales: el amargo lloro  
Desterrad: nuevo día  
A la tierra nació. Piadoso el cielo  
De inmarcesibles bienes el tesoro  
Abundoso os envia:

De bienes, que de Eden el grato suelo  
Jamás ¡oh! fecundaran,  
Y en vano nuestros padres suspiráran.»

»¡Oh Dios! tu brazo fué, tu lo juraste.  
La espada que potente  
Me ceñiste, triunfó. Tu las naciones  
A mis pies y los pueblos subyugaste.  
Vuela de gente en gente

Mi nombre: victoriosos mis pendones  
 Del tártaro profundo,  
 Tremolan por los ámbitos del mundo.»  
 «Cayó, cayó Salen. Roma, tu sólio  
 ¿Dó está? ¿Dó las que el viento  
 Enseñas vanas desplegó ondeantes?  
 Mi cruz Pedro arboló en el Capitolio,  
 Y fijó eterno asiento  
 Mi religion. Ante ella vacilantes  
 Cayeron derrumbadas  
 Al ciego error las aras levantadas.»  
 «Hijo del trueno, vuela; el pueblo ibero  
 En tu celo ardoroso  
 Feliz su gloria cifra: eterna gloria  
 Reservada á la fé. Del nombre fiero  
 En conflicto dudoso  
 Triunfó Hesperia: mi cruz es la victoria.  
 ¡O vírgenes sagradas!  
 Cantad, del yugo infame libertadas.»  
 Dijo: y la cruda parca el sacro acento  
 Oyó, y en triste aullido  
 Lanzóse presto al tenebroso lago.  
 Estremecióse el avernal asiento;  
 Y con ronco alarido  
 Luzbel gimiendo su fatal estrago,  
 Saltó del negro trono,  
 Y rompió el cetro con feroz encono.

J. M. Roldan.

CARTA PASTORAL

del Señor cardenal Arzobispo de Santiago sobre la masonería.

Acaba de publicarse en esta ciudad un folleto, *La Luz masónica, ó revelacion de todos los misterios de la masonería, contestacion al libro de Monseñor Segur y á sus partidarios*, por un escritor anónimo, y con este motivo tengo que cumplir el deber de reprobar las falsas aserciones que en él se estampan, para que no se dejen seducir los incautos por el aire de conviccion que muestra el autor.

El folleto de Mons. Segur, que revela el misterio de iniquidad que se oculta en las profundidades de la masoneria, segun confiesan los masones mas famosos afiliados á ella, ha herido sin duda la vista del autor del libro que condenamos, y no ha podido soportar su luz, como al que ha estado mucho tiempo en un lugar oscuro y sale de repente á una gran claridad, esta le ofende y le hace cerrar los ojos: así parece ha sucedido al autor del libro en cuestion. De aquí su furor y su rabia contra el folleto de Mons. Segur, que ha puesto en claro, con testimonios irrecusables, lo que se oculta en la alta masoneria, y que parece ignorar el maestro mason que ha salido á la defensa de la secta. Se enfurece, porque, en su ignorancia de los altos misterios de la masoneria, cree que se apela al libelo, á la difamacion y á la calumnia contra ella, cosa á todas luces falsa; porque el libro de Mons. Segur es un libelo, puesto que está escrito con la gravedad de un autor concienzudo que asienta sus proposiciones y las prueba con testimonios de los mismos interesados en negarlas; no levanta ningun falso testimonio, ni calumnia á nadie, porque nada inventa, sino que todo lo prueba evidentemente. Y en cuanto á la difamacion, debe decirse que él escribe la historia de la masoneria tal cual es en realidad; y si esto la infama, sus doctrinas y sus hechos tienen la culpa.

Se queja de que se recurre al anatema. En efecto: la Iglesia, por medio de sus Pontifices, ha condenado y anatematizado muchas veces la secta masónica, declarando escomulgados y separados de su seno á los que se alisten en aquella sociedad tenebrosa; y lo ha hecho con conocimiento de causa. ¿Qué pretende el autor? ¿Quiere que aquellos á quienes el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, ha encargado que enseñen la verdad á todas las naciones, guarden silencio al ver los esfuerzos de la masoneria para seducir? ¿Quiere que los Pastores permanezcan mudos cuando ven que el lobo intenta devorar las ovejas? Esto no lo conseguirá nunca la masoneria.

El despecho y la ira hacen delirar al autor del folleto *La Luz Masónica*, hasta el extremo de afirmar, con forma-

lidad al parecer, que «la masonería es el cristianismo en toda su pureza; que es la institucion mas humanitaria de la tierra, y la mas santa de todas las asociaciones.» ¿Es esto serio? ¿O quiere el autor burlarse de sus lectores? ¿Habrá alguna persona que tenga sentido comun, la cual pueda persuadirse de que «la masonería es el cristianismo en toda su pureza?» ¿Quién le ha dicho al autor que Jesucristo ha dado á los masones la mision de enseñar el cristianismo? Jesucristo dijo á los Apóstoles y á sus sucesores, que son el Papa y los Obispos católicos: «Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, enseñándolas á guardar todo lo que os he encomendado; y hé aquí que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta el fin del mundo.» Así termina el Evangelio de San Mateo. Jesucristo, pues, envió á sus Apóstoles á enseñar el cristianismo; y puesto que promete estar con ellos hasta el fin del mundo, y los Apóstoles habian de morir á los pocos años, claro es que la mision y el encargo de Jesucristo de enseñar su doctrina se estiende á los sucesores que habian de continuar aquella obra hasta el fin de los tiempos. La masonería, pues, si tiene la absurda pretension de enseñar el cristianismo en toda su pureza, usurpa atribuciones que no la dió Jesucristo: y si los encargados por el Hijo de Dios de enseñar su doctrina han anatematizado esa secta arrogante, es porque sus enseñanzas son contrarias á las del cristianismo: ella es la verdadera *moneda falsa* del cristianismo; ella la que declara guerra á la Iglesia y á Jesucristo, puesto que usurpa atribuciones que no ha recibido de él, ni Jesucristo ha prometido estar con ella hasta el fin de los siglos. Tiene razon el autor cuando dice que el enemigo de la masonería es el clero, el cual usa de las armas que Jesucristo puso en su mano para defender la verdad; y estas son efecto, además del confesonario y el anatema, la predicacion y el martirio. Nunca menos que ahora puede decirse del clero español, como calumniosamente dice el autor del folleto, que el amor á los intereses mundanos es el móvil que le impulsa á hacer la guerra á la

masonería. El clero no ha querido prestar un juramento que cree contrario á la enseñanza del cristianismo: se le ha sitiado por hambre, negándole los alimentos que se le deben de justicia, y el clero no se ha rendido. ¿Son los intereses mundanos los que le llevan á rechazar las doctrinas masónicas? Digalo todo hombre imparcial.

Pero ¿en qué se funda el maestro mason para sostener el delirio de que la masonería es *el cristianismo en toda su pureza*? Se funda en que la *idea* masónica se ha estendido por el mundo. Pero falta saber si la idea masónica es la verdad ó es el error. Tambien la idea de la idolatría se estendió por el mundo: tambien se estendió la idea de Mahoma: ¿y habremos de decir por eso que la idea idolátrica y la idea mahometana eran verdaderas. El estenderse una idea no prueba nada de suyo: los errores se estienden mas fácilmente que la verdad; y solo cuando una *idea* que contraria las pasiones de los hombres llega á vencerlas y á apoderarse de ellos, tiene el carácter y las señales de la verdad. Es indigna la comparacion que se hace entre la verdad cristiana, propagada á despecho del infierno y de todas las pasiones y violencias conjuradas para esterminarla, con la idea masónica, tan halagüeña á las pasiones de los hombres.

Otro de los secretos para santificar la *masonería* es que se la imputan los mismos crímenes que los idólatras imputan á los cristianos: que ella celebra sus juntas en las tinieblas, como los cristianos las celebraban en las Catacumbas; que ella ha sufrido la persecucion, como la sufrieron los primeros cristianos. Pero las cosas no son enteramente iguales, y el celebrar las juntas en secreto no es de suyo señal de que sean buenas ó malas: los bandidos y los salteadores de caminos celebran sus juntas secretas en las cuevas para concertarse y llevar á cabo sus asaltos: los cristianos, para evitar la persecucion, se reunian, es verdad, en secreto, no para maquinaciones contra el imperio, sino para celebrar sus inocentes actos religiosos, como lo reconocieron las mismas autoridades del imperio. Plinio, gobernador

de Bithinia, escribia al Emperador Trajano diciéndole, despues de bien informado, que «la culpa ó el error de los cristianos era, en sustancia, que acostumbraban á reunirse en ciertos dias señalados antes de amanecer, y cantaban alternativamente himnos á Cristo como á su Dios, y se obligaban con juramento, no á cometer alguna maldad, sino á vivir apartados de los hurtos, de los latrocinios, de los adulterios: á no quebrantar la fe, á no negar el depósito cuando se les pedia, y que, hechas estas cosas, se separaban, y despues volvian á reunirse para tomar un alimento en comun, pero inocente.» A los cristianos, pues, no se les podia acusar con justicia mas que de su fe en Jesucristo Redentor del mundo; y á este propósito decia Tertuliano en aquellos primitivos tiempos en su apologia dirigida á los Emperadores: «De los vuestros están llenas las cárceles de malhechores; de los vuestros están atestadas las escavaciones de las minas, de los vuestros el anfiteatro de las fieras. Allí no se ve ningun cristiano sino solo porque es tal por su fe. Y si hay alguno allí por otro delito, ya dejó de ser cristiano. Nosotros solo somos inocentes.»

¿Sucede eso en las juntas tenebrosas de los masones? No lo diré yo; digalo M. Chambrier en la *Relacion de la comision de la Dieta helvética sobre los descubrimientos hechos por la policia de los Cantones suizos en 1836*. «Existe una grande asociacion, dice en su informe, que se propone nada menos que la ruina de todos los gobiernos y la disolucion de la sociedad entera, y que ha tomado el nombre de *La Jóven Europa*; su divisa es libertad, igualdad, humanidad. El acta de esta grande asociacion se ha firmado en esta ciudad de Berna el 15 de abril de 1834 por la sociedad de *La Jóven Polonia*, de *La Jóven Italia*, de *La Jóven Alemania*: la de *La Jóven Francia* y de *La Jóven Suiza* se incorporaron despues. Esta sociedad tiene un comité directivo que reside en Paris. Esta gran sociedad impone á sus miembros deberes espantosos. Si alguno de ellos revela el secreto de la asociacion paga con la vida. Un tribunal secreto pronuncia la sentencia

de muerte, y cada uno de los miembros de la sociedad está obligado á ejecutarla con su propia mano si recibe el mandato para ello. Los hábiles que componen el comité central de Paris conocen que existe en la sociedad una multitud de hombres de sano juicio que no podrian menos de horrorizarse de sus proyectos si se les revelaran, pero que estarian prontos á obrar en un dia señalado; y por esta causa han dividido la sociedad en *fracciones menos avanzadas*, y á estas solo se les enseñaron doctrinas especiosas, y propias para engañar al pueblo. Este no sabe á dónde se le conduce, y está destinado á servir de manto á la sociedad secreta.» (*Gaceta de Lucerna, y L'Univers de Suiza de 1836*.) Tal es el testimonio de este ilustre magistrado.

Otro testimonio quiero presentar para que no se vuelva á decir que calumniamos á los masones, y es el del famoso regicida Orsini, que pasó su vida en el seno de la masoneria. En sus *Memoorias políticas*, impresas en Turin en 1858, dice, hablando de los suyos, con raras escepciones: «Hombres infames que se llaman *virtuosos*, y no son mas que unos bellacos, peores que nuestros mismos enemigos, y dignos de ser arrojados de la compania de los hombres de bien. Estas infamias tienen lugar entre las sectas, en las cuales muchas veces, en lugar de la razon, de la rectitud, del amor patrio y la honestidad, prevalecen la injusticia, la ceguedad, la mentira, la envidia y toda suerte de bajas y abyectas pasiones. El mentir continuo, el misterio y los rodeos en que se ven obligados á revolveerse los sectarios, terminan por convertirse en un hábito, y el ánimo se corrompe.» Y en la pág. 270 añade el mismo Orsini: «Entonces solo podremos esperar hacernos independientes y libres, cuando todos los pueblos de Europa se levanten por la causa de la república y de la solidaridad de las naciones. Esto sucederá, y nosotros nos aprestamos á la gran obra que hará desaparecer el imperio, la monarquia y el catolicismo.» ¿No es esto claro? Juzgad vosotros mismos, amados hermanos nuestros. ¡*Hacer desaparecer la monarquia y el catolicismo!* ¿No es esto hacer la guerra á los Reyes y á la Igle-

sia? Y, sin embargo, el autor del folleto se atreve á decir que la masonería no ha declarado la guerra á la *Iglesia* ni á los *Reyes*. El que arrojó las famosas bombas para quitar del medio á Napoleón tercero, era el ejecutor de los altos designios de la masonería, que ignora el maestro mason autor del libro titulado *La Luz Masónica*.

Solo puede esplicarse la ceguedad de este escritor por el descubrimiento que hizo la policia suiza de que la grande asociacion masónica tiene *fracciones menos avanzadas, y á estas solo se le enseñan doctrinas especiosas y propias para engañar al pueblo*. El escritor de *La Luz Masónica* no ha pasado de estas *fracciones menos avanzadas*, y se le ha entretenido haciendo brillar á sus ojos solo algunas ideas generosas, y con esta ilusion dice, en un arranque de fanatismo, *que la masonería es la institucion mas humanitaria de la tierra y la mas santa de todas las asociaciones*. Nos habla de la libertad, igualdad y fraternidad que profesan los masones.

Con estas pomposas palabras, que se han arrebatado al cristianismo para darlas un sentido torcido, seducen á los incautos. Que presente la sociedad masónica establecida en esta ciudad los actos humanitarios que ha ejercido con los pobres y los miserables, y la humilde Conferencia de señoras de San Vicente de Paul de esta poblacion presentará tambien la cuenta de esos auxilios prestados á los miserables, y con eso veremos si la masonería es *la única asociacion fraternal y humanitaria que existe en el mundo*. La fiebre amarilla ha causado recientemente estragos en algunas de nuestras ciudades del litoral del Mediterráneo, como son Barcelona y Alicante: sabemos que los sacerdotes, á quienes tan injustamente llama el autor del folleto *moneda falsa del cristianismo*, asistieron en la primera á los atacados en la enfermedad contagiosa; que morian unos victimas de su caridad, y se disputaban otros al punto la gloria de reemplazarlos, sabiendo que iban á sucumbir tambien, recibiendo por esta abnegacion heroica testimonios de alabanza por parte de las autoridades. Sabemos que las Hijas de la Cari-

dad de Madrid, cuando se declaró la epidemia en Alicante, volaron á asistir á los apestados, y cuando cesó la epidemia y regresaron las que quedaron vivas, las autoridades y el pueblo las bendecian y aclamaban. No sabemos que la masonería, que sin duda la hay en esas grandes poblaciones, á pesar de ser, si creyésemos al autor del folleto, la sociedad *mas filantrópica y humanitaria*, hiciese nada en esa angustiosa situacion de las ciudades invadidas de la epidemia.

Jesucristo en el Evangelio nos dice, para distinguir á los falsos cristianos de los verdaderos, que nos fijemos en sus obras: *á fructibus eorum cognoscetis eos. Por los frutos de ellos los conoceréis*. (Mateo, vii.) Pues bien: el cristianismo ó la Iglesia católica hace brotar en su seno esos frutos de caridad que la masonería no produce: la Iglesia católica envia sus misioneros á predicar el Evangelio á los países salvajes y antropófagos para civilizarlos y moralizarlos, y los misioneros arrostran todos los peligros por amor á Jesucristo; la Iglesia católica tiene mil instituciones consagradas al alivio de los enfermos, de los pobres, de los débiles. Esta es la caridad en accion en grande escala, que es el distintivo de la Iglesia católica, y la masonería no puede presentar mas que la caricatura de esa caridad.

No os dejéis, pues, seducir de palabras engañosas; no os dejéis alucinar con mentidas promesas de libertad, de igualdad, de fraternidad; la libertad verdadera, la verdadera igualdad y la verdadera fraternidad pertenecen á la Iglesia; ella ha desplegado siempre esa bandera, que algunos hombres alucinados pretenden arrebatársela, escribiendo en ella esas hermosas palabras, pero dándolas un falso sentido, que seduce á los incautos. *La verdad os hará libres, os dará libertad*, decia Jesucristo; y la verdad se halla en la Iglesia católica, con la cual prometió estar El hasta el fin del mundo. Tambien está en ella la verdadera igualdad, porque enseña que todos somos hermanos, y tenemos un mismo Padre, que es Dios; sin que esto se oponga á la subordinacion que es esencial en toda sociedad bien orde-

nada, y que el mismo Jesucristo estableció en su Iglesia, disponiendo que unos fuesen los maestros y los guías, y otros oyesen su voz y siguiesen el camino que les señalasen para conservar la fe y las buenas costumbres y salvarse.

No leais, pues, el folleto titulado *La Luz Masónica*. Soy vuestro Pastor, establecido por Jesucristo, y tengo obligación de apartar á mis ovejas de los pastos venenosos, de las falsas doctrinas, como las que contiene aquel folleto, cuya lectura os prohibimos, porque no teneis necesidad de beber en fuentes cenagosas y que os puedan envenenar. El Apóstol dice que *las malas conversaciones*, en las cuales se comprenden tambien los escritos de la mala doctrina, *corrompen las buenas costumbres*. Vosotros mismos arrebatáis de las manos de vuestros hijos las armas peligrosas, y así quiero yo hacerlo tambien. Esta ha sido, desde el tiempo de los Apóstoles, la disciplina de la Iglesia: prohibir á sus hijos la lectura de los libros de mala doctrina, para que no se perviertan. Poseedora de la verdad, tiene derecho á señalar el error, y anatematizarle. Sus hijos tienen obligación de oír dócilmente la voz de esta Madre prudente, porque así lo mandó Nuestro Señor Jesucristo, que dijo: *El que no oyere á la Iglesia, sea para ti como un gentil y un publicano*; y tambien, hablando con los Apóstoles y sus sucesores: *Quien á vosotros oye, á Mi oye; quien á vosotros desprecia, á Mi desprecia*.

Os damos con esta ocasion nuestra bendicion pastoral.

Santiago y enero 27 de 1871.—MIGUEL, CARDENAL GARCÍA CUESTA, Arzobispo de Santiago.—Por mandado de S. Emm. el Arzobispo mi señor, Licenciado Pablo Cuesta, canónigo-secretario.

---

### LA CARIDAD.

SONETO.

Angel de las alturas descendido,  
Para aliviar del huérfano la suerte

Y arrancar de las garras de la muerte  
Al que del mundo yace en el olvido:  
Patrimonio del pobre y desvalido,  
Y del debil amparo contra el fuerte,  
Que solo obras el bien por complacerte,  
Y huyes la faz al pecho agradecido:

Angel de amor, que cuanto mas temiro  
Menos huyo la muerte que engalana  
La fé del mártir que en la Cruz admiro;  
Primer albor de la conciencia humana,  
Beso postrero á que en la tierra aspiro,  
¿Quién eres, di?... La Caridad cristiana.

M. S. Santamaria.

---

### MISCELÁNEA.

---

#### UN BUEN EJEMPLO.

Con el mayor placer damos cuenta á nuestros lectores de los últimos y felices momentos del Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Isturiz. Sabido es que en materia de religion se habia tenido siempre por incrédulo; tanto, que cuando alguna vez se le hablaba de ella, contestaba encogiéndose de hombros: *nescio* (ignoro.)

Sus amigos mas íntimos al conocer que se acercaba el término de su vida, hicieronle algunas indicaciones sobre el deber y la conveniencia de recibir los Santos Sacramentos. Estas indicaciones fueron al principio escuchadas con frialdad; pero al insistir en ello el Sr. Conde de Fabraquer, su mas íntimo amigo, contestó: mañana. El amigo bueno replicó recordándole unas palabras de Jesús al buen Ladron:—*Et sic mane mecum eris?* (Y estarás así mañana conmigo?) El enfermo, al oír tales palabras que le advertian de la posibilidad de morir antes del dia siguiente, exclamó con estas

otras del paciente Job: *non subsistam!* (¡no existiré!) Desde aquel punto, recibidos los Sacramentos, pasó sus últimas horas estrechando un crucifijo contra su pecho, y edificando á cuantos contemplaban la obra de la gracia, la mudanza de la diestra del Exelso.

Dicen de Roma el 4 que el Papa celebró un Consistorio secreto en el que leyó una alocucion censurando á los autores de los hechos ocurridos en Roma desde Setiembre, y rechazando toda idea de aceptar las garantías que el Gobierno italiano se propone concederle. En dicha alocucion deplora Su Santidad la guerra entre Francia y Alemamia, y la situacion en que se encuentra Roma; recuerda la inundacion y proclama su reconocimiento por las pruebas de adhesion que ha recibido de los fieles del mundo católico, expresando su confianza en la Providencia divina.

Al terminarse el Consistorio nombró Su Santidad Obispos para varias sillas vacantes:

Anúnciase que el Obispo de Passau ha enviado al Padre Santo su adhesion á la definicion del dogma de la infalibilidad pontificia.

El Papa goza de excelente salud; pasea por los jardines del Vaticano en compañía de Cardenales y Prelados, y su presencia y actividad excitan la admiracion de los fieles admitidos diariamente á verle, oírle y recibir sus bendiciones y exhortaciones. Pio IX parece que no teme nada; tanto sabe elevarse por cima de las personas de sus enemigos, y tan inquebrantable es su confianza en Dios.

El Papa está muy satisfecho de la conducta del pueblo romano y del amor que le demuestra, y los revolucionarios no cesan de hacer el elogio de los romanos, diciendo que están embrutecidos por

los Sacerdotes. Hablan ya hasta de que Roma no debe ser la capital, porque es mas que un museo y un santuario de fanáticos.

---

## A LA MUERTE DE JUDAS.

---

SONETO.

—  
Cuando el horror de la traicion impía  
Del falso apóstol obcecó la mente,  
Y del árbol fatídico pendiente  
Con rudas contorsiones se mecía,

Complacido en su mísera agonía  
Mirábale el demonio frente á frente,  
Hasta que al fin, del término impaciente,  
De entrambos piés con impetu le asia.

Mas ya que vió cesar del descompuesto  
Rostro la agitacion convulsa y fiera,  
Señal segura de su fin funesto,

Con infernal sonrisa placentera  
Los lábios puso en el deforme gesto,  
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

J. N. Gallego.

---

## CULTOS RELIGIOSOS.

---

*Iglesia Colegial.*—Hoy sábado santo principiarán los oficios á las ocho de la mañana. El domingo á las cinco y media de la mañana Maitines de Resurreccion y misa; á las nueve y media misa conventual, en la que predicará el Sr. Cánónigo Magistral.

*Iglesia de Santa Marta.*—El sábado á las ocho los oficios; el domingo á las cinco de la mañana Maitines y misa con S. D. M. espuesta, y procesion.

*Iglesia de las Monjas Capuchinas.*—El lunes á las cuatro de la tarde, funcion al Sagrado Corazon de Jesús, con sermon.

Iglesias de San Francisco, Misericordia y Monjas Agustinas los oficios de costumbre.